



AL PAIRO

FERNANDO
CONDE

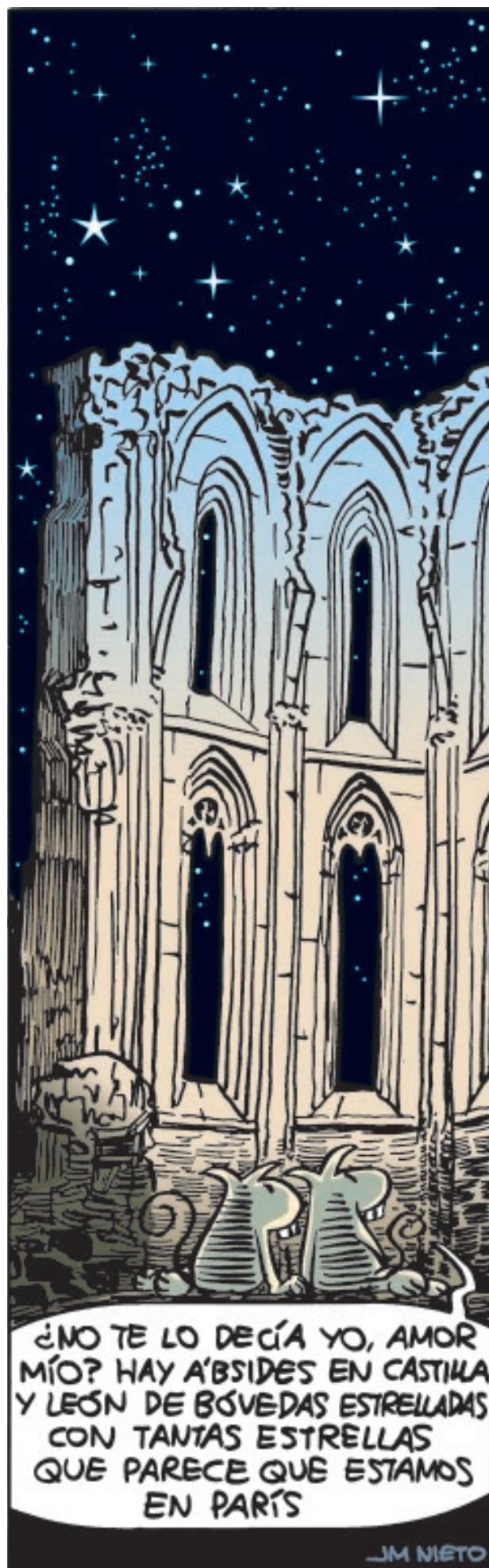
CON VOX Y VOTO

Valladolid. 15 de abril de 2019. 18 horas. Centro Cultural Miguel Delibes. En fila india una multitud aguarda paciente, desafiando a la oscura meteorología que poco antes ha descargado un magnífico pedrisco sobre el lugar, la llegada de Santiago el Menor. Santiago Abascal, el líder de la nueva fuerza política a la que unos identifican con la extrema derecha y otros con la esperanza de lo nuevo, arengará en breve a quienes quieren escucharle: niños (de la parte kukusklanera y meapilas, que diría algún republicano), jóvenes, ancianos, militantes y ex militantes de otros partidos políticos, gente normal, obrera, jerarcas... El crisol es variopinto. Alguien entre el público asegura haber visto a Tezanos haciendo encuestas para el CIS. A la pregunta de a quién va a votar usted, todos contestan lo mismo: «no lo sé. No lo tengo decidido». Pero a buen entendedor, José Félix... Porque lo único cierto es que esas personas están allí, aunque les llamen fascistas, ultras o lo que sea. Duele y pesa mucho menos el insulto cuando se compara con tantos iguales.

Santiago Abascal, el Menor de esta España que ya ni el Mayor es capaz de cerrar, aparece. A pie llega a las puertas de un auditorio en el que más de la mitad del público, unos mil quinientos, ha visto cómo se le cerraban aquellas y las intenciones, por agotamiento de aforo. Santiago Abascal sabe que debe hablarles, que debe poner en sus oídos la esperanza que han venido a buscar. El verbo directo y la frase sencilla, clara y rotunda juegan a su favor. Él es el mejor de los suyos; algunos alrededor aún exhiben ademanes de otros tiempos (ciertos medios de comunicación han sido vetados o amenazados con serlo). En un futuro inmediato Santiago quizá deba depurar estos tics que sitúan a su partido en una especie de autismo político autoexcluyente. El juego de la política tiene sus propias normas y conviene, si no aplicarlas, sí al menos sabérselas.

Valladolid. 16 de diciembre de 2015. 17 horas. Centro Cultural Miguel Delibes. En tropel una multitud aguarda paciente, desafiando a la inclemente meteorología decembrina, al amado líder, al hombre que con su coleta y sus pulseras ha prometido seguir viviendo en Vallecas cuando llegue a presidente, y cambiar España... por otra cosa. La fotografía, a distancia y «mutatis mutandis», podría ser la misma: una multitud en busca de aires nuevos, de nueva política en la que creer. La de diciembre de hace casi cuatro años se transformaría luego en 71 escaños (hoy humo, nada). La del pasado lunes... tiene fácil pronóstico; basta con contar gente.

Otro tanto. En Valladolid, como en muchos otros lugares de España, aplauden a Abascal varios miles de personas. La mayoría con vox y voto.

JM NIETO *Fe de ratas en CyL*

LA SOMBRA DE MIS PASOS

GUILLERMO
GARABITONÁUFRAGOS Y
HUÉRFANOS

Una columna de catorce versos. Despedir al maestro en un soneto. Si el periódico no obligara a llenar enteras su páginas... Si hubiéramos aprendido a escribir sonetos en prosa, que son las columnas mejores que escribió Manuel Alcántara. Porque Manolo era poeta. Poeta en su Málaga del alma. Y con él se ha muerto un siglo entero. Se han muerto del todo los amigos que le precedieron. Un periodista de mundo con vocación de esquinarse en el mapa. Porque Alcántara demostró que desde provincias se puede seguir haciendo el mejor articulismo de España. Este género tan nuestro donde al menos la intención, como en el boxeo, es de ganar por KO. Y Manuel desde la lona nos ganaba cada mañana con ese humanismo literario de quien sabe que la percha es una excusa y la actualidad algo para contentar a los directores. Lo importante es hablar al hombre. A Manolo no hay que buscarle percha de actualidad o traerle a lo regional.

A Alcántara me lo puso Jesús Nieto por primera vez al teléfono cuando yo estrenaba columna en este periódico. Me lo puso una tarde después de comer como para que me bendijese con su magisterio omnipotente. Y con su voz profunda me dio su bendición y me dijo que fuese a verle, que nos invitaría a una copa. Y siempre tendremos ya una copa pendiente. Tener pendiente un dry martini con Manuel Alcántara es, seguro, la inmortalidad literaria.

Este columnismo que se muere porque era al maestro Alcántara al último al que los periódicos le aceptaban versos en mitad de una columna. Ya sólo queda Raúl, que no es poeta, pero es el heredero de todas las estirpes. Y a todos les une Ruano.

En La Mudarra, donde escribo pesaroso sabiendo que se ha muerto Alcántara, la tarde con viento trae olas de secano. Y «el agua se pone triste / con mi naufragio por dentro». Porque con los versos de Manuel uno aspira a «echarse novia formal» y recitárselos despacio como una excusa para leerlos nuevamente. Mirarle era mirar a todo ese siglo de escritores que se ha muerto con él y en su memoria. A sus noventa y un años se había quedado tan delgado porque estaba ya hecho todo de literatura. De toda las páginas que había escrito y las que le dejaron en herencia sus amigos. Manuel era cada día más todo literatura escrita con letra muy menuda.

Mirar a Manuel Alcántara era ver a César González Ruano. Los dos confundidos en el bigote que, siendo distinto, era ya el mismo. Y sin el espejo de Manolo, y su literatura, no sabemos donde mirarnos los columnistas que esta semana nos quedamos huérfanos. Como un naufragio por dentro nos morimos. Y con la muerte de Alcántara se nos han muerto todas las columnas que hemos escrito. Incluso, un poco también, las que tenemos aún por escribir.